

HISTORIA DE UN PERRO LLAMADO LEAL


colección andanzas

1.ª edición: mayo de 2016

© Luis Sepúlveda, 2016

Publicado por acuerdo con Literarische Agentur Martin Inh.
Nicole Witt e.K., Frankfurt am Main, Alemania.

© de las ilustraciones: Marta R. Gustems, 2016

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664- 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-281-6

Depósito legal: B. 5.878-2016

Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

<i>Dungu.</i> Palabras	11
<i>Kiñé.</i> Uno	13
<i>Epu.</i> Dos	19
<i>Küla.</i> Tres	25
<i>Meli.</i> Cuatro	33
<i>Kechu.</i> Cinco	41
<i>Kayu.</i> Seis	49
<i>Reqle.</i> Siete	59
<i>Pura.</i> Ocho	69
<i>Aylla.</i> Nueve	75
<i>Mari.</i> Diez	81
Glosario	89

Dungu Palabras

Este libro es una deuda mantenida durante muchos años. Siempre he sostenido que gran parte de mi vocación de escritor viene del hecho de haber tenido unos abuelos que contaban historias, y de que, en el lejano sur de Chile, en una región llamada Araucanía o Wallmapu, tuve un tío abuelo, Ignacio Kallfukurá, mapuche (nombre que conforman dos palabras unidas: «mapu», que significa Tierra, y «che», gente, y cuya traducción correcta es «Gente de la Tierra»), que al atardecer les contaba historias a los niños mapuche en su idioma, el mapudungun. Yo no entendía lo que los demás mapuche decían en su lengua vernácula, pero sí entendía las historias que narraba mi tío abuelo.

Eran historias que hablaban de zorros, de pumas, de cóndores, de loros, y mis favoritas eran las que contaban las aventuras de *wigña*, el gato salvaje. Yo entendía lo que mi tío abuelo narraba porque, pese a no haber nacido en la Araucanía, en la Wallmapu, también soy mapuche. También soy Gente de la Tierra.

Siempre he querido contarles una historia a los niños mapuche al atardecer, junto al río, mientras comemos los frutos de la araucaria y bebemos jugo de manzanas recién recolectadas.

Ahora que me acerco a la edad de mi tío abuelo Ignacio Kallfukurá, voy a contarles una historia de un perro crecido junto a los mapuche. De un perro llamado *Leal*.

Les invito, pues, a la Araucanía, a la Wallmapu, al país de la Gente de la Tierra.

Kiñé Uno

La manada de hombres tiene miedo. Lo sé porque soy un perro y el olor ácido del miedo me llega al olfato. El miedo huele siempre igual y da lo mismo si lo siente un hombre temeroso de la oscuridad de la noche, o si lo siente *waren*, el ratón que come hasta que su peso se convierte en lastre, cuando *wigña*, el gato del monte, se mueve sigiloso entre los arbustos.

Es tan fuerte el hedor del miedo de los hombres que perturba los aromas de la tierra húmeda, de los árboles y de las plantas, de las bayas, de los hongos y del musgo que el viento me trae desde la espesura del bosque.

El aire también me trae, aunque levemente, el olor del fugitivo, pero él huele

diferente, huele a leña seca, a harina y a manzana. Huele a todo lo que perdí.

—El indio se oculta al otro lado del río. ¿No deberíamos soltar al perro? —pregunta uno de los hombres.

—No. Está muy oscuro. Lo soltaremos con la primera luz del alba —responde el hombre que comanda la manada.

La manada de hombres se divide entre los que se sientan en torno al fuego, que encienden maldiciendo la leña húmeda, y los que con sus armas de matar en las manos miran hacia la oscuridad del bosque y no ven nada más que sombras.

Yo también me echo sobre las patas, alejado de ellos. Me gustaría estar cerca del calor, pero evito el fuego que han encendido, pues el humo me nublaría los ojos y mi olfato no percibiría los cambiantes olores. Han encendido un mal fuego y se les apagará muy pronto. Los hombres de esta manada ignoran que *lemu*, el bosque, da buena leña seca, tan sólo hay que pedírsela diciendo *mamüll*, *mamüll*, y entonces el bosque



entiende que el hombre tiene frío y autoriza a encender un fuego.

Llega hasta mis orejas, que siempre están alerta, el croar de *llüngki*, la rana, oculta entre las piedras de la otra orilla de *leufü*, el río que baja de las montañas. A ratos, *konkon*, el búho, imita al viento desde lo más alto de los árboles; y *pinüyke*, el murciélago, bate las alas mientras vuela y devora insectos nocturnos voladores.

La manada de hombres teme los ruidos del bosque. Se mueven inquietos y yo siento el penetrante hedor del miedo que no les deja descansar. Intento alejarme un poco de ellos, pero me lo impide la cadena que llevo al cuello y que han atado, por el otro extremo, a un tronco.

—¿Le damos algo de comer al perro?
—pregunta uno de los hombres.

—No. Un perro caza mejor cuando está hambriento —contesta el jefe de la manada.

Cierro los ojos, tengo hambre y sed, pero no me importa. No me importa que para la

manada de hombres yo no sea más que el
perro, y de ellos no espero otra cosa que
el látigo. No me importa, porque desde la
oscuridad me llega el tenue aroma de lo que
perdí.